

Reflexiones sobre los imperios y el imperialismo

por Ramón Díaz

La invasión de Panamá por los norteamericanos ha sido

Director Responsable: Ramón Díaz
Editor: Daniel Artila
Directorio: Ramón Díaz, Manfredo Okato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez, Willem y Danilo Artila.
Columnistas: Daniel Guenell (política) y Jorge Caumont (economía).
Secretario de Redacción: Miguel Arrigui.
Información política: Claudio Paolillo (jefe), Gerardo Maronna, Alfonso Lessa, Alvaro Amoretti, Nelson Fernández, Luis Casal Beck.
Información general: Alejandro Norquerra (jefe), Efraim Mannise, Alvaro Gif, Gabriel Recarte, Claudio Romano, Mónica Bottero.
Reportajes especiales: César di Canda.
Indicadores económicos: Roberto Paulier (coordinador), Javier de Haddo (columnista), Carlos Mermot, Gustavo Micheli, Julio de Brum, Lorenzo Helguera y Gabriela Inciarte. **Información Internacional:** Yanina Olivera -Servicios especiales de "The Washington Post", "Los Angeles Times", "The Guardian", DPA, ANSA y AFP. **Cultura y espectáculos:** Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattoruso y Barret Puig (columnistas), Jorge Castro Vega (teatro), Alvaro Sanjurjo Toucon (cine) y Enrique Hetzel (jazz). **Medicina:** Jean Richard. **Deportes:** Mauricio Fernández Reyes. **Columnista:** Juan Carlos Paulier (fútbol). **Humor:** Kid Grages, Aldo Cammarota y Leslie. **Archivo:** Florencia Herrera. **Fotografía:** Milton Coa. **Diagramación:** Nelson García Serra. **Corresponsales:** Pablo Montaldo (Brasil) y Zelmira Lissardy (Argentina). **Administración:** Alfredo Bianchi Varela.
Búsqueda es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscrita en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Av. Uruguay 1146, tels. 921300, 921356, 921365, 921388, 906435, 906376, 906337 y 905864. Montevideo - Uruguay.
 Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta: N° 500. Impreso en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda. Paysandú 1179. Tel: 920452/60. D.L. N° 40172. Distribución: Papecito.

una acción imperial. Yo prefiero decir **imperial** y no **imperialista**, para destacar que la conducta y el **status** imperial son cosas, y no una doctrina. El imperio se caracteriza por una relación de poder entre naciones o estados, por oposición al paradigma en que todas las naciones o estados se tratan reciprocamente como entes soberanos. **Soberanía** quiere decir tanto como independencia radical, jerarquía máxima de poder. Una acción imperial de un estado sobre otro implica poner la soberanía del segundo en suspenso. Un imperio es un conjunto de naciones que están sometidas a la soberanía de otra, de modo que han dejado de ser, o nunca han sido soberanas.

De modo, entonces, que la invasión a Panamá representa un ataque a la soberanía panameña. Por eso, en Uruguay, en toda América Latina, y en la mayor parte del mundo, la acción de los EE.UU. ha sido condenada. Pero qué signifiquen tales condenas no es en modo alguno cosa clara. Como nuestro vecino NN le pega a su mujer emitimos una condena contra él, pero seguimos saludándole, jugando con él a las cartas, y no vacilamos en pedirle que nos preste una herramienta para arreglar algo en casa.

Entonces la condena se vuelve un acto puramente ritual. Nosotros los latinoamericanos adoramos las declaraciones, sobre todo las condenas y los repudios, pero me parece que sería más constructivo averiguar por qué algunos estados ven sus so-

beranías sujetas a temporarios decaimientos y por qué otros no.

Pienso que un primer paso para comprender este género de cosas consiste en desechar la idea de que existe una teoría general del imperio, o del imperialismo, porque la historia nos dice a grandes voces que no es el caso. Quien pretendió enunciar una teoría general del imperialismo fue Lenin, agregando con ello a la corona marxista una gema de singular brillo. Pero una gema falsa, de todos modos.

Lenin caracterizó al imperialismo como última etapa del capitalismo. El capitalismo maduro, había enseñado Marx, estaba condenado a sufrir un malestar creciente debido a la supuesta declinación de la tasa de ganancias. Extrayendo plusvalía de los países periféricos, si Presbich nos da en préstamo su terminología, el sistema pretendía prolongar su precaria existencia. Todas las relaciones entre potencias imperiales y sus dependientes quedaban reducidas a esa rapaz vinculación. En esencia, se trataba siempre de una relación, en primer lugar, económica, y en segundo lugar, de explotación del más débil por el más fuerte. Todo lo demás, todos los aspectos militares y políticos no eran más que la superestructura aparente de aquella relación fundamental. ¡Que fácil entonces condenar toda acción imperial, toda relación de metrópoli a colonial!

Esa asociación indisoluble de imperio y capitalismo, ¡que disparate! El hecho del im-

perio se remonta a los albores de la civilización. Todo indica que en la cuna de las primeras civilizaciones, el Oriente Medio, el salto se dio precisamente con el sometimiento de pueblos vecinos por los egipcios, por los sumerios, para llevar a cabo obra pública, canalización fluvial y otras obras de irrigación. El protoimperialismo fue por tanto más bien un fenómeno socialista, en cualquier caso civilizatorio. De hecho, la historia de oriente, tanto medio como lejano, no nos muestra en la antigüedad otra entidad política que el imperio. Con frecuencia, imperios de enorme extensión y de gran complejidad étnica y cultural. En el Libro de Ester, uno de innumerables ejemplos que nos brinda la Biblia, leemos acerca del imperio regido por Asuero, o Ahasuerus, o —según suele creerse— Jerjes, donde un decreto del emperador es enviado a las 127 provincias que lo formaban, abarcando de la India a Etiopía, "en la lengua y escritura propias de cada provincia". El imperio es la consecuencia natural de la disparidad de poder de los distintos conglomerados humanos. Su categoría opuesta —la sociedad de naciones soberanas e iguales— es una creación artificial, es decir, cultural. Y su aparición se sitúa precisamente en los orígenes de nuestra civilización, la civilización occidental, y concretamente en mundo helénico.

El recuerdo de la Grecia arcaica ha sido conservado a través de uno de los libros básicos de nuestra civiliza-

ción, la *Iliada*, que nos muestra a un gran número de los estados griegos —o ciudades-estados o **poleis**— lanzados a una empresa común, bajo un jefe libremente designado —Agamenón— pero en una asociación que reconoce y respeta la esencial soberanía de todos, así como provista de un órgano común, la asamblea de los príncipes, para discutir entre iguales las cuestiones compartidas. Veamos a esta sociedad de **poleis** construida sobre la base de una común virtud, que se manifiesta en el esfuerzo y el coraje puestos en la lucha, y en la sumisión a una ley, o **nomos**, también común. Hoy en día suele fundamentarse la igual soberanía de todos los estados sobre ciertos instrumentos jurídicos, pero conviene recordar que, en sus fuentes históricas, el respeto mutuo de las soberanías éticas no estuvo disociado de las maneras de obrar ni de la disposición a acatar una ley que rige a todos por igual. Hay un voluntarismo en política igual que en economía, que quiere hacer soberanos iguales por decreto, exactamente como el otro voluntarismo quiere decretar la prosperidad o la riqueza. Y conviene también recordar que el voluntarismo es, en ambos órdenes, una de dos cosas, o bien tonto, o bien hipócrita.

El caso helénico es particularmente interesante, porque nos muestra, en la Grecia clásica, por supuesto ya histórica, la degeneración de la relación de **poleis** soberanas en una relación de dependencia imperial. Los griegos

forman varias ligas en el contexto de su prolongada confrontación con el imperio persa. Una de ellas fue la liga de Delos, liderada por Atenas. En ella se innovó en modo de permitir a los coaligados sustituir la contribución paradigmática de triremes y tripulaciones por contribuciones pecuniarias. Cuando la asociación deja de cimentarse en la común virtud —**areté**— la relación entre soberanos iguales deviene pronto una relación imperial, donde Atenas cobra tributo a los dependientes.

Es comprensible que los latinoamericanos protesten frente a toda acción imperial de los EEUU, porque semejante relación de poder es riesgosa para quienes en punto a poder son menos que la potencia imperial. Pero comprensible y todo, las protestas y condenas son de escasa utilidad. Hoy en día Europa nos muestra una sociedad de soberanos iguales que discuten en común sus problemas, de modo muy semejante a como lo hacían los aqueos junto a los muros troyanos. ¿A quién podría ocurrírsele que ese estilo de convivencia plurinacional es independiente de la realidad política doméstica de cada uno de los estados, de su sumisión a la regla de derecho, de su seriedad y responsabilidad en la órbita de la política económica? Comprender esto y actuar en consecuencia sería infinitamente más productivo que el voluntarismo que se agota en declaraciones rituales, y

En la era posmarxista

(Viene de pág. 2)

no es más que una de las imágenes de la frustración global de la región.

Análogamente cabe reflexionar sobre la tensión que implica la adopción del principio voluntarista de la igualdad de todos los estados y el surgimiento de figuras políticas de la calaña de Idi Amin, Gadaffi y Noriega. Pienso que la operación de Entebbe, por más que inequívocamente ponía la soberanía de Uganda entre paréntesis suspensivos, fue recibida por la opinión pública civilizada en todo el mundo con general beneplácito, y el disciplinamiento

de Gadaffi por el presidente Reagan contó con un apoyo muy difundido. Lo que nos muestra la relatividad de los valores en juego, esos éxitos de opinión pública se cifraron decisivamente en los éxitos de las correlativas operaciones militares, en particular por su economía tanto en materia de tiempo como de pérdida de vidas inocentes.

En este sentido, la operación panameña me parece francamente desafortunada, más que nada, sin embargo, por la forma en que se la concibió y ejecutó.